

EL CAFE, EL MOLINO... E VEDIAMO

(Apólogo filosófico)

Entro en un café a tomar uno, como hubiera dicho Cervantes, confiado en la seriedad de la casa y en que, a despecho de todas las carestías y en veces consiguientes adulteraciones, no tengo por qué inquietarme tocante a la legitimidad de la poción que se me suministra: la calidad del café es inmejorable. Por otra parte, la máquina que lo muele en mi presencia es del modelo más perfeccionado, y tal su suavidad, que hace pensar en las caricias de la mágica varita para con las cuerdas del instrumento, o bien (vaya para los deportistas) en el rumor callado de un automóvil silencioso. Y perdóneseme la aparente *contradictio in terminis*.

Pues bien: tomo el café, lo saboreo, pago y me retiro satisfecho.

* * *

Al día siguiente me introduzco en otro café y repito el experimento.

Ya no voy tan confiado y, cual si adivinara mi pensamiento, el dueño del negocio se me acerca para ponderar, con el entusiasmo del estreno, la excelencia del molidor aparato, que acaba de recibir de Europa (o de Norte América: como estamos en lógica, el dato concreto no nos interesa), y que es justamente de un tipo superior al de la casa a que había concurrido el día anterior. Y, expansivo y bonachón, me pide permiso para sentarse conmigo a saborear la bebida predilecta de Voltaire, lo cual no tengo inconveniente en acordarle. Pero ¡cuál no sería mi asombro al verificar que la tal bebida, en

vez del líquido intachable que esperaba ingerir, no es más que un brebaje en que los granos han quedado a medio moler, no obstante la decantada excelencia del flamante aparato! Interpelo al hombre que de esa manera pretende mofarse de sus semejantes, y el pobre diablo, atónito y corrido, no acierta a decir palabra, hasta que, repuesto de su pasmo, se dispone a examinar conmigo ese menjunje, con lo que advierte, para su mayor estupefacción, que ese café no es tal, sino una mezcla de lo mismo con maíz, cuyos amarillentos duros granos se reconocen fácilmente. Comprendo que el sujeto ha sido víctima de las triquiñuelas de algún acopiador y adulterador de víveres, cuyos escrúpulos se asientan, más que en asegurar la pureza de los artículos que expende, en no omitir esfuerzo alguno para lograr el aumento geoméricamente progresivo de sus entradas.

Haciéndome cargo del embarazo del desdichado comerciante, pago y me retiro, dejándolo librado a sus sentimientos de indignación contra el vil embaucador que lo defraudó. Y ya fuera, reflexionando me digo: El flamante molino no tenía culpa alguna, y hubo que hacérsele justicia. Lo cual me lleva de la mano a preguntar al amable lector: ¿Y qué culpa tiene el silogismo?

D. DE ALBERTI.